

EDITORIAL

ESTADOS UNIDOS Y LA DEMOCRATIZACION DE CENTROAMERICA

Sobre la democracia y la democratización pueden y deben hacerse todavía muchas disquisiciones teóricas y muchas propuestas prácticas. Entre nosotros se propende a ponderar el grado de democracia con el parámetro de las elecciones, unas elecciones libres, repetidas periódicamente, que permiten el pluralismo de partidos y la alternabilidad del poder político. A nadie se le oculta que ese conjunto de aspectos tiene características de medio para la democracia y no constituyen un fin democrático en sí mismo. Pensar que ya está resuelto teórica y prácticamente el problema de la democracia es, en el caso de nuestros países, un acto de pereza mental, cuando no un empeño ideologizador. Ni siquiera la autodeterminación del pueblo está asegurada entre nosotros por el sistema electoral, cuanto menos otros puntos esenciales del ideal democrático.

Pero dejando de lado disquisiciones teóricas, dos hechos llaman la atención en este punto: la falta de democracia —si se quiere, de justicia— que ha habido y sigue habiendo en los países centroamericanos —en unos mayor que en otros— y la distinta relación de causalidad de Estados Unidos con esa falta de democracia. Por eso no resulta superfluo reflexionar sobre este grave problema de la democratización de Centroamérica desde la perspectiva de Estados Unidos con el doble propósito de ayudar a los norteamericanos a que su presencia e influjo en Centroamérica sean debidamente democratizadores y de ayudarnos a nosotros mismos a valorar e impulsar procesos verdaderamente democratizadores.

1. Responsabilidad de Estados Unidos en la falta de democracia de los países centroamericanos

Después de la independencia centroamericana y, sobre todo desde el siglo XX, ningún país del mundo tiene tanta responsabilidad de hecho en la situación de nuestros países como Estados Unidos. Desde la independencia de Panamá (1903), inaugurada con un ominoso tratado de dependencia con Estados Unidos (el tratado Hay-Bunau-Bonilla), el proceso democratizador de Panamá ha sido sobre todo un intento de recuperar su soberanía y su autonomía frente a la injerencia y ocupación del gobierno de Estados Unidos, mucho más preocupado por sus intereses y seguridad, que por la autodeterminación de los panameños. En Costa Rica y, sobre todo en Honduras, la injerencia y la dominación norteamericanas se han dado especialmente a través de la United Fruit Company, a lo largo de muchos años más poderosa e influyente que cualquier gobierno nacional. La historia moderna de Nicaragua es, en gran parte, una historia de invasiones e injerencias norteamericanas, las cuales culminaron en el establecimiento y consolidación de la familia Somoza en el gobierno de ese país por más de 40 años, en la que distintos presidentes estadounidenses pusieron su total confianza como el principal defensor de sus intereses económicos y estratégicos, sin ningún escrúpulo por la falta de democracia que se escondía tras la máscara de sucesivos y regulares procesos electorales. Guatemala fue desviada de sus moderados afanes reformistas cuando la CIA provocó la caída del gobierno de Arbenz (1954) para entregar el poder a un militar, Castillo Armas, con el consabido pretexto de que el comunismo se estaba infiltrando en un gobierno elegido popularmente. En El Salvador puede decirse que el apoyo norteamericano a los gobiernos no democráticos ha sido permanente, no obstante el sabido y comprobado modo fraudulento de acceder al poder de todos ellos desde 1932 en adelante.

Este brevísimo repaso histórico muestra dos cosas: primero, que la presencia norteamericana en Centroamérica ha tenido características claras de injerencia dominante en los asuntos internos de nuestros países y, segunda, que su preocupación por la democracia durante más de 80 años ha estado totalmente subordinada a los intereses de su propia seguridad cuando no a los intereses de capitales norteamericanos privados. Así se ha llegado a la gran paradoja de que estos países centroamericanos, tan próximos geográficamente a Estados Unidos, sean prototipo de

Estados Unidos no ha puesto en su mira la voluntad popular y menos las necesidades reales de las mayorías populares. En vez de ello ha puesto su confianza en ejércitos corruptos, cuando no asesinos, y en unos empresarios que han buscado el lucro sin respeto alguno a las normas de la justicia.



subdesarrollo y militarismo, de miseria y de violencia, de negación en suma no sólo de la voluntad popular, sino de la vida misma de las mayorías nacionales. La relativa y reducida excepción que suponen Costa Rica y Panamá no invalida el argumento histórico de que la presencia norteamericana en el área, habiendo sido determinante de su estructuración y de su proceso, ha resultado fatal para su democratización. La autodeterminación y la autosatisfacción de las necesidades básicas han sido permanentemente negadas a los más, mientras han sido garantizadas a los menos, quienes han sido los amigos y admiradores de Estados Unidos. Estados Unidos no ha puesto en su mira la voluntad popular y menos las necesidades reales de las mayorías populares para apoyarse democráticamente sobre los pueblos. En vez de ello ha puesto su confianza en ejércitos corruptos, cuando no asesinos, y en unos empresarios que han buscado el lucro sin respeto alguno a las normas de la justicia.

Lo más grave de todo ello es que ha sucedido bajo la ideología de la democracia. No han faltado elecciones en nuestros países, aunque de antemano se conocía a los vencedores; no han faltado constituciones que se estimaban del todo democráticas, aunque en algunas de ellas no se respetara ni siquiera el derecho a la sindicalización campesina; no han faltado pomposas declaraciones en favor del sistema democrático occidental y en contra de los sistemas totalitarios. La democracia, la aparente democracia, ha sido el gran engaño para poder mantener unos sistemas reales, sociales y políticos, los cuales iban en contra de los intereses de las mayorías populares y en favor de los intereses de minorías antipopulares, los cuales iban en contra

Estados Unidos no acepta como buenos en el orden universal los mecanismos que estima buenos en el orden interno de su propia nación.

de los intereses nacionales y en favor de los intereses —a corto plazo— de los gobiernos de Estados Unidos.

El presidente Kennedy trató de empezar a resolver esta situación calamitosa por la vía del desarrollo económico y el presidente Carter por la vía de los derechos humanos. Ambos intentos supusieron algún progreso, sobre todo en el caso de Nicaragua, donde quedó rota la dictadura de los Somoza. El intento de desarrollo quedó discontinuado y el esfuerzo por lograr democracias formales, más respetuosas de los derechos humanos y de los procesos electorales, tuvo un relativo éxito en Guatemala, Honduras y El Salvador, países donde los militares desaparecieron de la fachada del poder, aunque sin abandonar el poder, pero donde no se pudo hacer ni de lejos lo que Argentina y Uruguay han hecho con los responsables de los genocidios pasados.

Lo poco que se ha hecho no se debe a falta de presencia norteamericana en nuestros países. Lejos de disminuir ha ido creciendo el influjo determinante de Estados Unidos en las cuestiones nacionales de Centroamérica, sobre todo en los casos de Costa Rica, Honduras y El Salvador. La intervención en Nicaragua a través de los "contras" demuestra hasta qué punto se puede llegar en el camino de la intervención, cuando lo que ocurre en un país soberano no es del agrado de Estados Unidos: cualquier medio se estima legítimo si el fin es derrocar un régimen marxista. Hoy día no hay poder efectivo mayor en el área centroamericana, excluido el caso de Nicaragua, que el de Estados Unidos. No es un poder absoluto que puede abarcarlo todo y pueda orientar cada una de las cosas conforme a su decisión, pero es absolutamente un gran poder y relativamente es el poder mayor. Este poder es gustosamente aceptado por los diversos gobiernos en distinta medida y por motivos diferentes. El Salvador perdería la batalla tanto militar como económica, si el gobierno de Reagan no lo favoreciera con la ayuda financiera más grande que Estados Unidos proporciona a cualquier otro país de América Latina; además, el gobierno actual necesita un apoyo muy especial de Estados Unidos para no caer ante las fuerzas que lo acosan, no excluidas de ellas sectores militares a través de los cuales intereses oligárquicos, todavía vigentes, podrían fácilmente darle un golpe de Estado. Honduras permite vergonzosamente que miles de soldados extranjeros se asienten en su suelo y pongan en peligro la soberanía y la integridad nacional porque Estados Unidos así lo ha decidido y así lo ha comprado. Costa Rica se encuentra con una enorme deuda externa y con una situación económica tan vulnerable que sólo el apoyo interesado del capital norteamericano puede servirle de balón de oxígeno para seguir viviendo en un mundo irreal, que mantiene adorme-

cida la protesta popular costarricense. Guatemala tiene ahora que suplicar ayuda económica y política sin la cual es muy difícil que se consolide el gobierno democristiano ante una institución militar muy fuerte y una extrema derecha, responsable durante años de un sangriento terrorismo de Estado.

En resumen, la capacidad de presión de Estados Unidos sobre los más distintos agentes sociales de cada uno de los países centroamericanos es decisiva y se realiza de formas muy distintas, debido a su desigual potencia económica, militar, política e ideológica. De ahí su gran responsabilidad económica para el bien y para el mal de esos países. Por comisión u omisión nada importante de lo que se hace o se deja de hacer en los países centroamericanos escapa de la responsabilidad de los norteamericanos. Si a esto añadimos los miles de profesionales formados en Estados Unidos, los millones de centroamericanos que emigran a ese país, el tremendo influjo de los medios de comunicación, alimentados mayoritariamente de materiales norteamericanos, podremos darnos cuenta de la importancia histórica que la nación y el pueblo norteamericanos han tenido, tienen y tendrán en la configuración de los males y de los bienes que se han dado, se dan y se darán en nuestros pueblos y naciones.

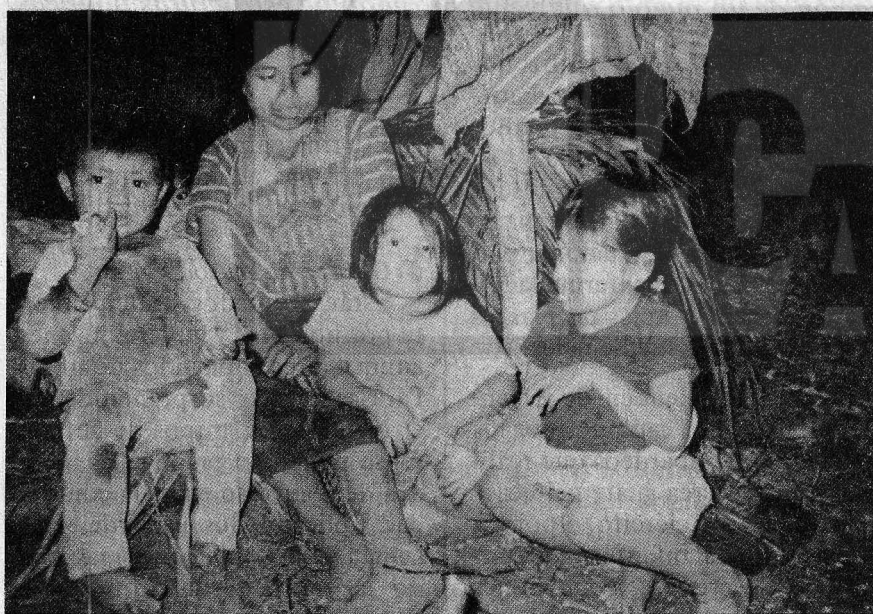
2. Negación de los ideales democráticos norteamericanos en la política de Estados Unidos con Centroamérica

En muchos sentidos puede decirse que el pueblo y la nación de Estados Unidos han sido históricamente paladines de la democracia. Desde los primeros peregrinos hasta las últimas migraciones no es difícil reconocer una experiencia histórica fundante, la cual es, en definitiva, una experiencia de éxodo y liberación de un pueblo que venía huyendo de estructuras políticas, económicas, sociales y religiosas, gravemente opresivas. Tras la independencia, el espíritu de la nueva nación quedó reflejado en la constitución (1787), cuyos objetivos principales son lograr una unión más perfecta entre los distintos estados federales, establecer la justicia, asegurar la tranquilidad doméstica, promover el bienestar general y asegurar las bendiciones de la libertad, como se lee en el preámbulo de la carta magna. Los propósitos, en los cuales priman los valores de la justicia sobre los de la libertad, eran buenos, pero ya desde entonces iban acompañados de una tremenda ceguera y discriminación para aquellos habitantes —negros e indígenas— de la unión que trabajaban para

Estados Unidos no se comporta democráticamente con los demás países del mundo, al poner por delante los intereses de su propia seguridad nacional, entendida como hegemonía y dominación absolutas, sobre las necesidades objetivas y la voluntad del resto de la humanidad.

ellos, que eran parte fundamental de la realidad social, pero que estaban sujetos a esclavitud sin ser reconocidos como "nosotros, el pueblo de los Estados Unidos." El pueblo, como en Roma, eran tan sólo los ciudadanos, esto es, los respetados por su nacimiento, su color y su propiedad, no por su condición de ser humanos. Todo un preuncio. A lo largo de su corta historia, los ciudadanos norteamericanos han sabido convivir dentro y fuera de su territorio con formas agudas de falta de democracia —el apartheid que hoy deploran sin mayor energía en Sudáfrica, fue pauta de su conducta durante muchos años—, como si la esclavitud o la violación de los derechos de muchos fuera condición de la libertad de pocos, como si la miseria de muchos fuera condición necesaria para la riqueza de pocos.

Esto no obsta para que Estados Unidos haya defendido, al menos para sí, un régimen de democracia, en el cual el individuo está protegido contra el abuso del poder del Estado; donde la libertad, sobre todo la individual, es buscada como uno de los bienes supremos; donde se respeta la voluntad popular electoral; donde se cuenta con un poder judicial efectivo que con suficiente independencia hace valer el que todos los ciudadanos son iguales ante la ley; donde no se acepta la sumisión a ninguna otra nación, etc., etc. No pretendemos con esta enumeración describir la esencia real de la democracia cristiana, sino tan sólo indicar algunos de sus aspectos principales, los cuales no son respetados, cuando se trata de países extraños, y que, para nuestro propósito, no han sido respetados ni lo son en la política de Estados Unidos con Centroamérica.



Efectivamente, Estados Unidos no se comporta democráticamente con los demás países del mundo, al poner por delante los intereses de su propia seguridad nacional, entendida como hegemonía y dominancia absolutas, sobre las necesidades objetivas y la voluntad del resto de la humanidad. Todo sucede como si para conservar su democracia, entendida como el máximo disfrute posible de todos los bienes y el ejercicio de una voluntad de dominación mundial, Estados Unidos necesitara irrespetar los derechos y la voluntad de los demás pueblos del mundo. De hecho —y piensan que de derecho— Estados Unidos disfruta de los bienes de la tierra en una medida que no corresponde al número de sus habitantes, de modo que es uno de los más claros ejemplos de cómo unos pocos consumen una gran proporción de los bienes de la tierra, cuando la mayor parte de los habitantes del mundo tienen que contentarse con un consumo insuficiente e inequitativo. Lo mismo debe decirse del poder mundial que de ningún modo corresponde al número de sus ciudadanos, sino que corresponde al tamaño de su riqueza y de su poder militar. Más aún, los principios que acepta como reguladores de su propia realidad nacional, los niega de hecho en sus relaciones con la inmensa mayor parte de la humanidad. Estados Unidos no respeta la voluntad mundial expresada en las Naciones Unidas o la legalidad universal expresada en la corte internacional de La Haya, sino que impone la ley del más fuerte en contradicción con la ley de las mayorías y/o la ley del derecho y de la razón. Acciones y políticas que no toleraría dentro de sus fronteras son la norma usual de su acción y política con otros países, sobre todo con los más débiles.

Esto que es válido para casi todos los demás pueblos de la tierra, es especialmente válido para Centroamérica. Respecto de los pueblos centroamericanos, la política estadounidense no está regida por los intereses, necesidades y voluntad de estos pueblos, sino por los intereses, necesidades y voluntad del gobierno norteamericano. La propaganda oficial norteamericana sostiene que el gobierno de Estados Unidos desea que los pueblos centroamericanos disfruten del mismo modelo democrático, que rige a la mayor potencia del mundo. Ya esto supone un error de juicio, pues las condiciones reales son tan diferentes que no pueden vaciarse en el mismo modelo político, antes propician, so capa de promover la libertad, al dejar desatendida la justicia y el que se aprovechen unos pocos de los que los más no pueden gozar. Pero es que, además, cualquier democratización que se diga buscar en el área, está sometida a lo que sea más ventajoso para la seguridad inmediata de Estados Unidos. Esa seguridad, muchas veces malentendida, está por encima del ideal ético y político de la democracia para los demás, y por eso, de ninguna manera puede decirse que Estados Unidos quiera para los otros lo que quiere para sí; al contrario, tolera o promociona actividades en otros

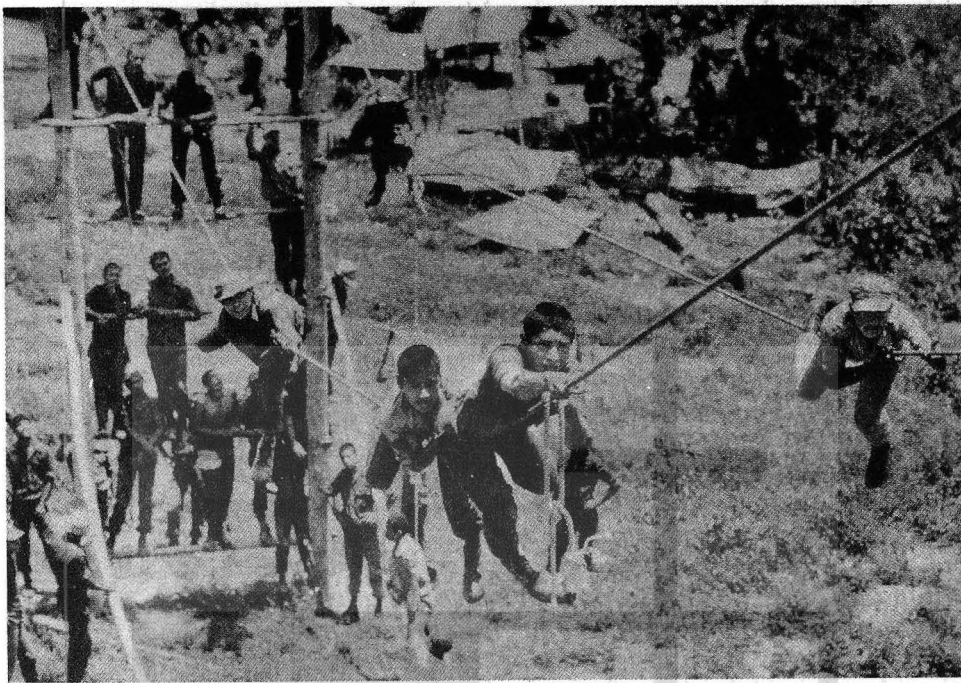
Ser norteamericano es más determinante y origina mayores derechos que el ser hombre; la adjetivación política nacionalista anula la sustantivación de pertenecer a la humanidad.

lugares que no promocionaría ni toleraría dentro de sus propias fronteras.

Constantemente el gobierno de Reagan apela al fantasma de la seguridad nacional de Estados Unidos, especialmente cuando se refiere a Nicaragua. Obviamente, si este pequeño país es un peligro para Estados Unidos, éste último debe ser un máximo peligro para Nicaragua y para el resto de nuestros países. ¿Cómo defenderse de esta inmensa amenaza a nuestra seguridad? Pero es que, sobre eso, la seguridad se entiende en términos de hegemonía y de dominación. Lo que Estados Unidos quiere asegurar no es su soberanía o su integridad territorial, sino su predominio universal, y en nuestro caso concreto, su mayor predominio y dominación continental, lo que llama sus intereses, los cuales pueden estar en circunstancias ética y política con los intereses de otros pueblos. Si los países subdesarrollados se obstinaban en no vender a Estados Unidos materias primas necesarias o en no comprarle excedentes necesarios para su economía, Estados Unidos se consideraría facultado para intervenir irrespetando la voluntad de los pueblos y el derecho internacional.

Todo esto que es fácilmente comprobable a lo largo de la historia de las relaciones de los distintos gobiernos de Estados Unidos con nuestros países, lo es con mayor facilidad en nuestros días. Lo que realmente busca Estados Unidos en nuestra área es la sumisión total de los países centroamericanos a su política general y a sus intereses específicos en el istmo. Esto lo ha logrado plenamente en los casos de Honduras, Costa Rica y El Salvador, los cuales no tienen política exterior propia, sino impuesta por el gobierno de Reagan, sobre todo en lo referente a las relaciones con Nicaragua. Quizá tan sólo Guatemala se resiste un tanto, mientras que los otros tres países se ven obligados a cambiar súbitamente de posición, cuando así se les ordena y sus máximos representantes acuden a Washington para propiciar lo que el presidente Reagan quiere conseguir frente a un congreso adverso o simplemente reticente.

Pero no es sólo el caso de la política exterior. Honduras se ve forzada a tolerar la presencia de miles de soldados extranjeros en su territorio porque así se lo exige Estados Unidos y no porque esa sea la conveniencia nacional o la voluntad del pueblo hondureño. El Salvador se ve obligado a centrar todo su esfuerzo en la aniquilación militar del FMLN, lo cual conlleva severas limitaciones del posible y necesario proceso democratizador, así como el desconocimiento de la voluntad popular mucho más interesada en buscar una solución negociada al conflicto. Nicara-



gua se ve sometida a sostener una guerra, cuyo principal patrocinator es Estados Unidos, sin cuya presión esa guerra genocida no tendría lugar. Sin ningún reparo importante y, sobre todo efectivo, los gobiernos norteamericanos toleraron en El Salvador por lo menos más de 25.000 asesinatos en los años 1980-1981 a manos de unos gobiernos, con presencia demócrata cristiana, sin pestañear por la terrible negación de la democracia que tal conducta suponía. Toda la demagogia democratizadora de Estados Unidos, que no es eficazmente válida para países tan notoriamente antidemocráticos como Chile, Paraguay o Sudáfrica y cuya intencionalidad va dirigida, no en favor de los pueblos centroamericanos, sino en contra del régimen sandinista, está claramente subordinada a los intereses inmediatistas del gobierno de Reagan. Los llamados regímenes democráticos, resultado de unas elecciones libres, sólo serán respetados, si no suponen oposición o resistencia a los dictados de la política norteamericana. Ejemplos como los de Arbenz en Guatemala o Allende en Chile son suficiente prueba de ello.

Puede, por tanto, concluirse que Estados Unidos tolera y aun propicia regímenes y comportamientos políticos nada democráticos, si estos son favorables a sus intereses y seguridad, incluso cuando son de orientación marxista. Esta posición no se defiende hoy con el mismo cinismo con el que se defendió en los primeros años del gobierno de Reagan, pero sigue siendo un principio rector de su política exterior. Los totalitarismos sólo molestan a Estados Unidos, si son marxistas y contrarios a Esta-

dos Unidos. Hasta el marxismo es tolerable, si se desarrolla heterodoxamente de espaldas o en contra de la Unión Soviética. Lo que quieren para sí absolutamente, porque les va bien con ello, sólo condicionadamente lo quieren para los demás; condicionada y subordinadamente a sus intereses. La democracia para los demás es un valor que interesa a Estados Unidos sólo en el supuesto de que favorece a sus intereses nacionales y subordinadamente a ese supuesto, pero no de manera absoluta.

De ahí que no sea exagerado afirmar que la posición de Estados Unidos ante los grandes problemas del mundo no es democrática: aceptan, como los demás países poderosos, un orden económico internacional injusto para la mayor parte de los pueblos y, por tanto, un orden económico nada democrático; irrespetan la voluntad mayoritaria de los pueblos en las Naciones Unidas, haciendo además uso indebido del veto en el Consejo de Seguridad, donde con frecuencia se queda en minoría, cuando no solo; no acepta arbitrajes internacionales porque no acepta instancias, en las cuales se refleje democráticamente la voluntad de la humanidad en su conjunto; fuerza las voluntades de los gobiernos con todo tipo de presiones, haciendo mucho mayor caso de su poder que de las voluntades y las razones ajenas, haciendo predominar la razón del más poderoso sobre la razón y la voluntad de las mayorías. En general, no acepta que sean buenos en el orden universal los mecanismos que estima buenos en el orden interno de su propia nación. Así, dentro de su país, prima la voluntad popular, el menor uso posible por parte del Estado de la fuerza y de la coerción, la alternabilidad en el poder, etc.; fuera de su propio país pretende que prime la voluntad de unos pocos, el máximo uso de la fuerza y de la coerción y el empeño por no permitir que ningún otro poder mundial se convierta en todo o en parte en posible alternativa de su poder. El peso de los valores éticos al que puede atribuírsele un cierto significado dentro de las propias fronteras pierde su consistencia fuera de ellas. Ser norteamericano es más determinante y origina mayores derechos que el ser hombre; la adjetivación política nacionalista anula la sustantivación de pertenecer a la humanidad. La soberanía de cada una de las naciones es irrespetada, no en aras de un universalismo político coherente, sino en aras de un poder absolutamente hegemónico. Por duro que sea el reproche, no es exagerado afirmar que el gobierno de Estados Unidos es totalitario en su comportamiento político con los pueblos del mundo, especialmente con los más pobres y débiles, porque efectivamente impone su proyecto y sus intereses contra la voluntad, los intereses y las necesidades de las grandes mayorías, tomadas éstas como pueblos. Y esto que es una determinación universal de la acción política internacional de Estados Unidos, lo es con fuerza especial cuando se trata de estos pequeños países que debaten sus conflictos en el área centroamericana.

3. Hacia una relación democrática de Estados Unidos con Centroamérica

Sería, sin embargo, injusto asegurar que todo lo que Estados Unidos ha hecho y está haciendo en Centroamérica haya sido o sea malo y dañino para nuestros pueblos. En el todo reprochable de sus intenciones y acciones hay partes no tan negativas. Sería, sobre todo, irreal pensar que no pueden establecerse o que no deben establecerse relaciones que fueran de mutuo provecho para la poderosísima nación del norte a la par que para nuestros pequeños países centroamericanos. Ni el pro-yankismo ni el anti-yankismo pueden ser los criterios fundamentales de la conducta política de nuestros gobiernos, porque no responden ni a la conciencia mayoritaria de nuestros pueblos ni a la geopolítica de la región. Es claro, por ejemplo, que en El Salvador algunos puntos, como la paulatina consolidación de un orden democrático formal, el haber impedido la toma del poder por las fuerzas más extremistas de derecha, una cierta mejora cuantitativa en el respeto de los derechos humanos y una cierta apertura política en los campos de libertad de expresión y de movilización, son debidas en gran parte a la nueva estrategia del gobierno de Reagan. Aunque puede afirmarse que todos estos puntos son parte de un plan mayor que responde a los intereses norteamericanos y que conlleva una fuerte pérdida de la soberanía nacional, son puntos que en sí pueden considerarse positivos. La importante ayuda económica, aunque no contrarresta el daño causado por la ayuda militar, orienta sobre posibilidades de colaboración que pudieran ser mutuamente satisfactorias en lo político y en lo económico.

Todo ello hace pensar que la inevitable presencia norteamericana, causante hasta ahora en conjunto de mayores males que bienes, podría ser reorientada de modo que produjera mayores bienes que males. Quisiéramos, en consecuencia proponer, un marco general de aproximación a unas relaciones que fueran realmente democráticas entre Estados Unidos y los países centroamericanos. Es un marco que se diferencia claramente tanto del planteamiento de Santa Fe como del Informe Kissinger, que parecen orientar en algún modo las líneas estratégicas de Estados Unidos en Centroamérica.

3.1. Estados Unidos debe proyectar su política para Centroamérica en términos de media y larga distancia sin dejarse desviar por los asuntos de corta distancia.

El régimen norteamericano con sus periódicas elecciones ha llevado en el caso de Centroamérica, sobre todo en los últimos años, a que prime en sus decisiones lo inmediato sobre lo permanente. Ha habido sin duda hechos importantes en lo inmediato, como son entre otros la revolución sandinista, la guerra revolucionaria de El Salvador o el movimiento guerrillero guatemalte-

co. Son hechos que no pueden descuidarse. Asimismo hay líneas permanentes en la política norteamericana, que van más allá de los distintos estilos presidenciales y congresistas, tales como una especial sensibilidad para todo lo que pueda parecer marxista en el área, el apoyo a formas' más democráticas de gobierno, el interés por la propia seguridad dominante, etc. Pero, aun admitida la existencia de aquellos hechos y la presencia de estas líneas políticas, debe decirse que en su enfrentamiento priva lo coyuntural sobre lo estructural, lo sintomático sobre lo causante, lo fácil sobre lo profundamente efectivo, el engaño sobre la verdad. Y este es un gran error. Los males vienen de atrás, son muy complejos y requieren planteamientos estructurales de gran alcance y gran distancia. Los estallidos volcánicos provienen últimamente de un subsuelo, examinado muy a la ligera, pero en el cual están sus verdaderas causas. Querer tapar las bocas de los volcanes puede traer ocasionalmente algunos resultados y puede salvar de un fracaso rotundo a determinado período presidencial, pero no hace sino agravar la situación y crear la posibilidad de nuevos cráteres de mayor potencialidad destructiva.

3.2. Unas relaciones, radicalmente antagónicas, no resultarán a la larga convenientes para ninguna de las dos partes.

Hay que partir del hecho de que ambas partes están proximalmente relacionadas, no tanto por su cultura cuanto por la cercanía geográfica y para la parte centroamericana por la dependencia económica. Centroamérica necesita de la colaboración de Estados Unidos y Estados Unidos no puede tener en su



frontera países enemigos, que le pueden causar, al menos indirecta y mediatamente, grandes dificultades. Por la estructura social de los países centroamericanos, por su historial político y por los distintos modos de intervención norteamericana se dan entre las dos partes tensiones profundas, hoy avivadas por planteamientos y acciones vigorosas. Responder a estas tensiones primero con desfiguraciones ideológicas y luego con la fuerza de las armas, maltratando con ello tanto el derecho internacional como la soberanía de las naciones, puede entenderse desde la teoría del patio trasero y de los pueblos de cuarta categoría, pero no desde la ética política y desde los principios democráticos. Ciertamente el antagonismo no parte siempre del lado de Estados Unidos, pero ello es debido a que se considera en posesión la posición dominante del país del norte sobre los países centroamericanos. Mucha de la retórica anti-imperialista y anti-norteamericana no ayuda en nada a establecer las relaciones adecuadas. La pretensión de derribar al imperio desde la fuerza de los procesos revolucionarios es, para bien o para mal, una especie de enfermedad juvenil de los revolucionarios. El imperio puede y debe ser combatido, pero ha de serlo con otras formas.

Las relaciones antagónicas deben ser cambiadas primero por relaciones de respeto mutuo y después por relaciones de colaboración. Es muy difícil que la desigualdad del tamaño político y del poder económico permita a Estados Unidos respetar a nuestros pequeños países, sin más fuerza que la de ser junto con otros pueblos del tercer mundo, la mayoría de la humanidad; pero, los principios democráticos así se lo están exigiendo. Hoy gigantesca representación diplomática sin relación ninguna con el tamaño de los países se introducen en todos los canales de la vida nacional con los más distintos medios y métodos, no excluidos los del chantaje y la venalidad. Esta opresión y/o compra de los pueblos y de sus gobiernos puede traer una cierta utilidad a la corta, como la ha tenido para la mayor parte de las potencias colonialistas, pero a la larga es contraproducente tanto para la seguridad como para la utilidad de los colonizadores. Antes o después llega el día de la independencia y con él las cañas se tornan lanzas. Si lo que predomina en las relaciones entre Estados Unidos y los pueblos centroamericanos es la dominación en lo político, en lo militar, en lo económico, en lo cultural, es posible que a la corta se logren resultados aparentemente tranquilizadores, pero la historia demuestra que se trata tan sólo de apariencias y que pronto resurge la protesta y la busca de modelos políticos y económicos, antagónicos a los de Estados Unidos. No es exagerado afirmar que la gran potencia norteamericana, junto con la injusticia estructural dominante en nuestros países, es el mayor foco de promoción del marxismo. Nuestros pueblos no son antinorteamericanos por ser marxistas, sino que

se hacen marxistas porque han sido forzados a ser antinorteamericanos.

No se trata utópicamente de establecer relaciones de igual a igual con un país que ni siquiera mantiene este tipo de relaciones con los países europeos y los otros países más ricos del mundo. Desgraciadamente en el orden internacional predominan las relaciones de poder y nuestro poder es infinitamente inferior al de los norteamericanos. Lo que teológicamente es prometedor, no lo es políticamente a corto plazo. Se trata eso sí de establecer unas relaciones dignas, que nos permitan ser lo que deseamos ser, respetado el límite de no representar un peligro de agresión para la seguridad de Estados Unidos.

3.3. Estados Unidos no debe abusar del concepto de su propia seguridad nacional para intervenir en el destino histórico de Centroamérica.

No se puede ser simplista a la hora de poner límites al concepto de seguridad en el mundo actual. Pero tampoco se puede exagerar el concepto de tal forma que todo lo que no sea dependencia y sumisión sea interpretado como una agresión a la seguridad. Por otro lado, el concepto de seguridad es recíproco: si Estados Unidos tiene derecho a cuidar de su seguridad nacional y de la de sus ciudadanos, especialmente la que puede verse amenazada por la presencia de su enemigo principal en las proximidades de la frontera sur, los países centroamericanos la tienen también para no verse amenazados en su destino y voluntad históricas, en su soberanía y autodeterminación y en la defensa de sus fronteras, y esto especialmente respecto de Estados Unidos, que con tanta frecuencia ha violado la seguridad de nuestros países.

Pero lo que no puede confundirse es la propia seguridad nacional con el aseguramiento de una dominación hegemónica en todos los campos. Hay ya poderosos mecanismos de dominación económica y cultural para que además se pongan en marcha mecanismos intervencionistas en el campo de la soberanía política. El poder mayor no garantiza la negación de la igualdad fundamental entre los pueblos y las naciones, que es principio básico del derecho internacional. Cuando se dice que Texas está en peligro porque no hay democracia en Managua, uno piensa en el peligro que correrá Managua por la prepotencia de las maniobras militares en sus fronteras o de los superportaviones en sus costas. La contención del poderoso en sus posibles abusos ha sido y debe seguir siendo uno de los objetivos principales de la ley, en este caso de la legislación internacional. El débil siempre será castigado, aun sin ley, por cualquier desmán que cometa.

3.4. La seguridad de Estados Unidos estará tanto más protegida cuanto más firme y justo sea el desarrollo de los países que le circundan.

Esta es una tesis básica para plantear adecuadamente el problema de la seguridad norteamericana. Tanto el descontento popular que ha llevado a reacciones revolucionarias como la necesidad de supervivencia que ha llevado a migraciones multitudinarias e incesantes de centroamericanos a Estados Unidos, tienen un indudable origen económico. Por consiguiente, la seguridad de Estados Unidos estará sólidamente garantizada, cuando se empiece a resolver rápida y eficazmente el problema económico de nuestros países centroamericanos. Así lo sustenta el Informe Kissinger y así lo comprueban cuantos análisis objetivos se hacen sobre el futuro inmediato del istmo centroamericano. Sin entrar en la solución difícil del injusto orden económico internacional, Estados Unidos, por su propio interés y seguridad, debería habilitar cuanto antes un programa serio, que empezara a resolver los problemas económicos de Centroamérica y del Caribe, su frontera más frágil, dado el crecimiento de la extrema pobreza y de la miseria en casi todos los países del área.

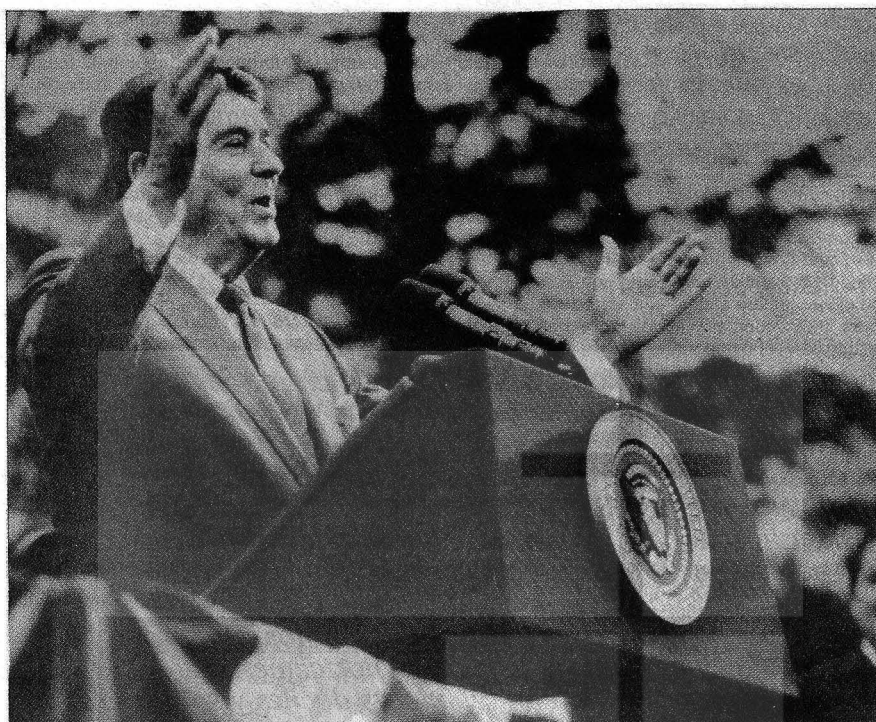
Este desarrollo económico debe ir orientado a un crecimiento rápido, pero también a una redistribución adecuada. Con ello se evitaría la multiplicación de un ejército de desesperados, quienes ya conocen los canales para convertirse en un ejército de revolucionarios, y se evitaría también la existencia de unas minorías oligárquicas, las cuales, en definitiva, son las que no aceptan un orden verdaderamente democrático, acostumbradas como están a defender sus privilegios desde distintas formas de totalitarismo y terrorismo de Estado, disfrazados tras elecciones de muy escaso significado democratizador. Este es un punto esencial porque sólo la superación sistemática de la injusticia estructural responderá a las necesidades de nuestros países y los situará en ordenadas relaciones de colaboración y buena vecindad con Estados Unidos. Requiere ello, por parte de Estados Unidos, una ayuda económica masiva controlada, que no debiera convertirse en una nueva forma de dependencia. Es difícil exigir altruismo a las naciones, pero en este caso los intereses de ambas partes quedarán mejor resguardados con una ayuda económica sin servidumbres, aunque con las debidas garantías. Las experiencias pasadas con Latinoamérica, que han venido a desembocar en una gigantesca e impagable deuda externa, debieran servir de aviso para hacer algo más efectivo y equitativo. Independientemente de las concreciones técnicas de la ayuda, lo importante es subrayar que sin un desarrollo económico pujante, auspiciado principalmente por Estados Unidos y al cual podrían adscribirse otras naciones, no quedará salvaguardada la seguridad norteamericana desde un punto de vista democrático.

3.5. Estados Unidos debería respetar el que los países centroamericanos mantuvieran relaciones abiertas con los demás países del mundo y aun aceptar, si esa es la voluntad de los pueblos, una política exterior de no alineamiento.

En más de un sentido la doctrina Monroe sigue vigente, en su interpretación más extremista, como marco de la política interamericana. La OEA con apariencias de ser mayoritariamente latinoamericana es un organismo con sede en Washington y al servicio de Washington en sus orientaciones fundamentales. Las teorías del patio trasero o de zonas de influencia, etc., hacen de los problemas centroamericanos un mero apéndice de los norteamericanos. Hay un verdadero neo-colonialismo que va de lo cultural a lo político, de lo económico a lo social. Dadas las enormes diferencias de todo tipo, no excluidas las culturales, es imposible homologar los modelos, sistemas e intereses norteamericanos con los nuestros. La dirección más normal de nuestras relaciones en términos de equilibrio no puede ser hacia y desde Estados Unidos, sino hacia y desde países económica y culturalmente similares. Si los países latinoamericanos pudieran conseguir su independencia respecto de los países colonizadores, no debe ser para caer en nuevas relaciones de dependencia. Ciertamente Estados Unidos está siendo profundamente influido por la mayor de sus minorías étnicas, la hispana; ello lo hace más interdependiente de nuestra cultura y aun de nuestra lengua. Pero mientras esta minoría no se consolide y no actúe como elemento neutralizador de unas relaciones desiguales, los países centroamericanos necesitan abrirse a otros influjos y presencias. Concretamente, necesitan salir del enfrentamiento este-oeste para evitar ser sometidos a exigencias, que no responden a las necesidades reales. Querer tomar parte en el enfrentamiento este-oeste es una equivocación para nuestros países que de lado y lado sólo podrían ser apéndices.

3.6. Estados Unidos debe respetar las características propias de los pueblos centroamericanos en su estado actual de desarrollo, la soberanía nacional y el pluralismo político al cual pudiera dar lugar un correcto ejercicio de autodeterminación.

El que seamos vecinos y vivamos las mismas fechas cronológicas, el que anidemos hasta cierto punto en la misma matriz de la llamada cultura occidental, no implica que Estados Unidos y los países centroamericanos vivan el mismo momento histórico de desarrollo ni tengamos la misma edad histórica. El más ligero análisis de variables fundamentales en la constitución del momento histórico demuestra las enormes diferencias entre el país más rico y desarrollado del mundo y esta gavilla de países, algunos de los cuales están entre los más pobres y menos desarrollados del planeta. Estas diferencias básicas han de reflejarse for-



zosamente en diferencias políticas, culturales e incluso de civilización.

De ahí que haya de preverse realísimamente un pluralismo político y social, el cual debería ser respetado, si realmente responde a las condiciones objetivas de cada uno de los países y a la autodeterminación de cada uno de los pueblos. Es un principio universalmente admitido el respeto a la soberanía nacional y, aunque este principio no justifica el aislamiento de cada uno de los países y no excluye presiones internacionales en determinados casos, referentes más a derechos humanos que a derechos civiles, sí exige un respeto básico a cada país soberano. Estados Unidos no ha respetado adecuadamente este principio en Centroamérica y esto, fuera de ir contra el orden jurídico internacional, —pendiente está la apelación de Nicaragua en La Haya—, no le ha reportado beneficios sólidos y permanentes respecto de su propia seguridad.

Dar por indiscutible que todos y cada uno de los países centroamericanos han de entender y vivir la democracia como sea del agrado del gobierno norteamericano, es un error histórico, además de ser una violación de la soberanía nacional. En este punto, las posiciones norteamericanas, contra su propia tradición política, propenden a ser dogmáticas y no pluralistas o tolerantes, aunque se es pluralista y tolerante con aquellos regímenes totalitarios que son amigos o simplemente enemigos de su contrario. Podría justificarse una presión internacional

proporcionada sobre un determinado país, cuando en él se violaran de forma sistemática y grave derechos fundamentales de la persona humana, porque los derechos de humanidad son de mayor rango, importancia y necesidad que los derechos de nacionalidad; pero de ninguna manera se justifica una intervención armada para imponer una forma determinada de régimen político o una forma determinada de democracia.

Este respeto a la voluntad nacional ajena debería ejercitarlo Estados Unidos especialmente con los posibles regímenes de izquierda en el área. La tradición norteamericana de identificarse con gobiernos militaristas al servicio de intereses capitalistas inaceptables poco ha logrado hasta ahora. Su reciente apoyo a regímenes moderadamente centrista ha supuesto la sumisión plena de éstos a sus dictados. No se ha hecho todavía la experiencia de entrar en diálogo con poderosas fuerzas de izquierda para alcanzar acuerdos con ellas. Sin embargo, son ellas, las que podrían considerarse un peligro para la seguridad norteamericana y las que por su parte podrían canalizar el ímpetu revolucionario de los pueblos hacia fines constructivos y en ninguna manera lesivos a los intereses justos de Estados Unidos. En esto ha faltado audacia a los distintos gobiernos norteamericanos, mucho mejor dispuestos a tratar con regímenes dóciles y sumisos, a la par procapitalistas y pronorteamericanos, que con regímenes más coherentes con la realidad social de los pueblos centroamericanos.

3.7. En el momento actual, Estados Unidos debiera favorecer, conforme al espíritu de Contadora, una paulatina desarmamentización del área centroamericana.

Las soluciones promovidas generalmente por Estados Unidos para Centroamérica han tenido y tienen un definido signo militarista. El querer resolver por la fuerza los problemas en litigio ha llevado a una creciente armamentización, tanto para dominar los movimientos revolucionarios internos como para hacer valer los propios intereses frente a los de las naciones limítrofes. Fuera de los problemas de militarismo que esta armamentización supone y que trataremos en la tesis siguiente, estamos ante procesos que van en contra del desarrollo económico de los pueblos centroamericanos. Sólo Costa Rica ha emprendido con éxito este camino de la desarmamentización y desmilitarización con lo cual ha logrado convertirse en la nación más democrática del área y también la más desarrollada económicamente. El ejemplo de Costa Rica puede mostrar que no se trata de un ideal inalcanzable hacia el cual se debería tender.

El grupo de Contadora ha indicado pautas para esta desarmamentización. Ciertamente Nicaragua ha multiplicado su potencia bélica, pero ello ha sido debido claramente a la amenaza norteamericana; se ha comprobado una y mil veces que Estados

Unidos intenta desalojar del poder a aquellos regímenes que considera no de su agrado. Con el pretexto de la armamentización de Nicaragua, Estados Unidos está armamentizando y militarizando a Honduras, lo cual obliga a su vez a una mayor armamentización y militarización de Guatemala y El Salvador, acosados además por sus propias necesidades internas. Centroamérica debería abandonar esta busca de un equilibrio del terror y de la fuerza para dar con un equilibrio de la razón, de la negociación y últimamente de la integración. Las posiciones norteamericanas cada vez empujan más allá este ideal y contribuyen a que se vuelva irrealizable. Por razón de su propia seguridad y sobre todo por razón de las necesidades centroamericanas, Estados Unidos debería ayudar a lo contrario, esto es, a la desarmamentización progresiva del área centroamericana.

3.8. Estados Unidos debe impulsar la desmilitarización de los países centroamericanos.

Esta tesis tiene profundas vinculaciones con la anterior. Un descenso en la armamentización debería suponer un descenso en la militarización. Por militarización se entiende aquí el desproporcionado e indeseable influjo que han tenido y tienen los militares sobre la vida política de los países centroamericanos. Las distintas fuerzas armadas representan en casi todos los países centroamericanos un poder fáctico que está por encima de cualquier otro poder fáctico y, desde luego, por encima de los gobernantes que se suponen democráticamente elegidos. Son en ese sentido la negación misma no sólo de la democracia sino del civilismo. Que no ejerzan siempre de hecho ese poder, no significa que no lo tengan y que no estén dispuestas a emplearlo, convirtiéndose así en un límite intraspasable para el ejercicio de la voluntad popular. Sólo Costa Rica queda al margen de esta acusación, cuya vigencia es real en todos los demás países, aunque de distinta forma en cada uno de ellos.

La apelación a Estados Unidos no está aquí fuera de lugar, porque los militares han representado para los distintos gobiernos su punto de apoyo fundamental a la hora de imponer su política en el área. Al ser la posición norteamericana ante todo una posición anti-marxista y al pensar que las distintas fuerzas armadas han venido siendo ante todo anti-marxistas, no es de extrañar su recurso a ellas. Poco ha importado a Estados Unidos que los ejércitos y los militares hayan sido con frecuencia servidores de las oligarquías y ejemplos de corrupción. Estaba en juego su seguridad y no se veía otro aliado más seguro para ella. Hoy en algunos países el gobierno de Reagan está buscando un fortalecimiento del poder civil, al cual fuerza a someterse al poder militar, siempre que ese poder civil le sea favorable. Al hablar de democratización este es un punto esencial al cual debe prestársele todo apoyo.

3.9. Estados Unidos debe favorecer la integración centroamericana.

Las naciones centroamericanas apenas tienen viabilidad por separado. Su desarrollo pende en gran medida de su integración económica y en medida creciente política. Por su aspecto económico esta integración depende grandemente de la ayuda norteamericana. Pero también por su aspecto político. Hay quienes precipitadamente quieren hablar de una unidad mayor en la cual se incluya a toda la zona del Caribe. Aunque por razones de cercanía y de complementariedad el pensamiento es razonable, no estaría de más empezar por lo más cercano y lo más complementario, esto es, por el istmo centroamericano. Sería por otra parte un error dejar de lado en esta integración a la Nicaragua sandinista. Las posiciones norteamericanas en este aspecto, sostenidas servilmente por Honduras, Costa Rica y El Salvador, son erróneas y contraproducentes. La vinculación cada vez mayor del régimen sandinista con los demás países centroamericanos contribuirá, sin duda, a quitar agresividad al régimen sandinista e incluso a hacerlo evolucionar en la dirección y sentido correctos. Ya Contadora ha puesto las bases para quitar ciertos obstáculos. Incluso en esta tarea previa el esfuerzo de Contadora ha sido una y otra vez obstaculizado por Estados Unidos y sus peones centroamericanos, precisamente por anteponer el punto de vista de la seguridad norteamericana al punto de vista de la seguridad latinoamericana. Si en vez de esta posición obstructiva Estados Unidos iniciara con audacia medidas constructivas a través del diálogo con Nicaragua y con los demás países, incluida Nicaragua, mucho se lograría para alcanzar la paz centroamericana y para lograr un nuevo proceso de integración tras ella. La posición del nuevo gobierno guatemalteco es en este punto mucho más positiva.

Estos son algunos de los puntos, cuyo cumplimiento podría contribuir en gran manera a que Estados Unidos usara su enorme y predominante influencia en Centroamérica no para mantenerla en un estado de subdesarrollo, de injusticia estructural y de violación de los derechos humanos, sino para ayudarla a alcanzar un estilo de vida y de gobierno real y verdaderamente democrático. Mucha es la responsabilidad pasada, presente y futura de Estados Unidos sobre el área centroamericana. Serán en definitiva los pueblos centroamericanos los que habrán de ayudarse a sí mismos, pero Estados Unidos haría bien en cooperar tanto para borrar su pasado negativo como para cuidar por su propia seguridad de un modo realmente democrático.